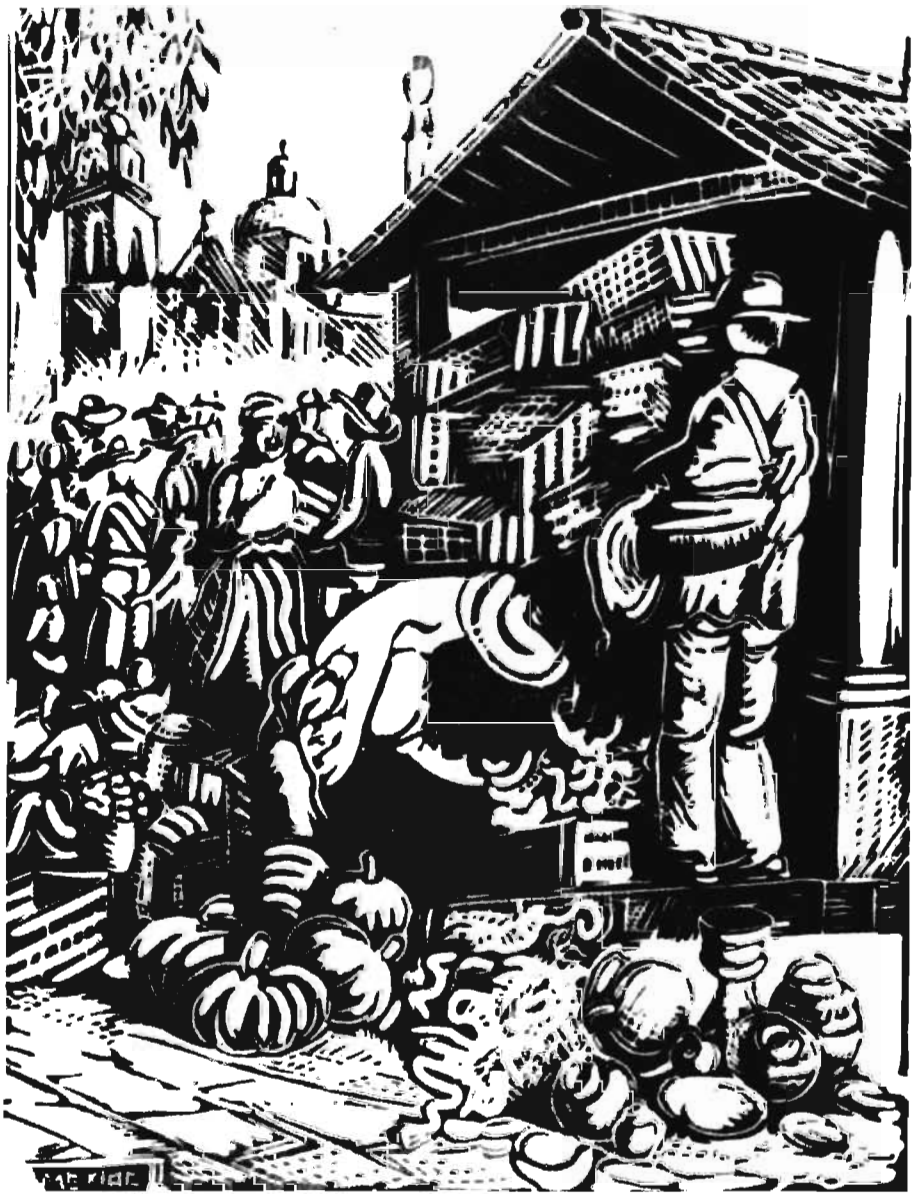
La palabra de las mujeres: memoria, genealogía y transmisión

Julia Cabaleiro Manzanedo



Memoria y transmisión

"Sería vano alejarse del pasado para pensar sólo en el futuro. Es una peligrosa ilusión creer que pueda existir siquiera tal posibilidad. Es absurda la oposición entre pasado y porvenir. El futuro no nos aporta nada, somos nosotros quienes para construirlo debemos darle todo, darle nuestra vida misma. Pero para dar es necesario poseer y no tenemos otra vida, otra savia que los tesoros heredados del pasado... De todas las necesidades del alma humana, no hay ninguna más vital que el pasado."[1] Con estas palabras Simone Weil señalaba la necesidad de establecer vínculos estrechos con el pasado como única manera de revitalizar el presente.

En el proceso de recuperación de la memoria histórica femenina, la principal dificultad radica en que nos encontramos ante una cancelación y no ante un olvido. Y "emerger de un pasado que ha sido cancelado, es mucho más difícil que recordar cosas olvidadas".[2] Por eso Adrienne Rich situaba en la falta de tradición, en la inexistencia de memoria, uno de los mayores obstáculos culturales con los que se encuentran en la actualidad las mujeres escritoras y creadoras, ya que cada una de las obras que producen es recibida "como si saliera de la nada, como si cada una de nosotras no hubiera vivido, pensado y trabajado con un pasado histórico y un presente contextual. Ésta es una de las formas por medio de la cual se ha hecho aparecer el trabajo y el pensamiento de las mujeres como esporádico, errante, huérfano de cualquier tradición propia".[3]

La reconstrucción y la transmisión de la historia de las mujeres, de la memoria que las mujeres han dejado del mundo, es una necesidad fundamental, porque tiene que ver, como señala Fina Birulés, con la posibilidad



de decir y de ordenar la experiencia presente de las mujeres.[4] Hoy podemos decir que la memoria histórica de las mujeres ha tomado forma, gracias a las investigaciones y los estudios feministas. Y, en la medida en que esta memoria se construye, en que los saberes y las experiencias de las mujeres se articulan de forma significada, las mujeres salimos de la afasia que nos caracterizaba y recuperamos la posibilidad de decirnos en nuestro presente. Ahora bien, para que este saber pueda convertirse realmente en tradición y para que esta tradición no se interrumpa, es imprescindible que tenga presencia en los lugares donde se produce la transmisión formal, es decir, en los centros de enseñanza de todos los niveles educativos.

En la transmisión didáctica se produce una relación entre generaciones diversas que permite la memoria. No es sólo una necesidad, requiere también un acto de voluntad, porque querer transmitir es sinónimo de querer dejar memoria de aquello que se pone en circulación. Desde el punto de vista de la historia y, más explícitamente, desde el punto de vista de la historia de las mujeres, este acto de necesidad y de voluntad tiene la connotación de un compromiso ético y político inmerso en un proyecto amplio de cambio y de transformación educativa. Connotar la actividad docente desde una perspectiva sexuada requiere definir espacios en los que situar el acto de transmitir como un acto de identidad y de memoria de las mujeres. Unos espacios que posibilitan, además, la relación intersubjetiva que la propia transmisión reclama.

En la enseñanza, desde la separación implícita entre conocimiento y experiencia, no se ha conseguido establecer nexos equilibrados entre la historia, como un tiempo tanto individual como colectivo, y el proceso de construcción de identidad del alumnado. Hasta ahora, es bastante predominante en los textos que se utilizan para enseñar historia la ausencia de los sujetos, no sólo femeninos, que hacen la historia. Predomina una humanidad abstracta, universalista, incorpórea y sin subjetividad. Esta ausencia crea en la práctica una separación entre emoción y logos, que aleja los acontecimientos de la realidad de los sujetos y les impide interactuar, aportando la propia fuerza imaginativa y creativa. Resulta así una especie de estado de suspensión en el que los contenidos parecen no poder enraizarse en el horizonte cultural de quien los recibe.

Desde la historiografía feminista se han puesto de relieve las consecuencias que para la vida de las mujeres ha tenido la falta de modelos históricos de referencia, ya que ha favorecido que asumieran su presunta inferioridad respecto a los hombres. Desde este punto de vista adquiere una gran importancia el hecho de hablar de mujeres del pasado cuyas vidas hacen patente la potencia femenina. Con ellas, la subordinación de las mujeres no se ve negada, pero sí resituada, ya que no se configura como la única medida de su experiencia. Las mujeres, adultas y jóvenes, pueden encontrar en ellas en quien reconocerse y trascender, a la vez, la extrañeza que una historia muda a su género provoca.

Palabra y genealogía

Una de las formas de acceder a las mujeres de nuestro pasado histórico es a través de su pensamiento, de su palabra. Recuperar su voz directa les restituye su individualidad, su originalidad, y las sitúa en una posición potencialmente dialógica: podemos interrogarlas, escucharlas, dejarlas hablar, para que puedan decirnos quiénes eran. No se trata, sin embargo, de mantenerlas en el aislamiento, ni situarlas en un contexto atemporal. El pensamiento que han creado las mujeres y las palabras que han pronunciado, como todo pensamiento y toda palabra, no han surgido de la nada. Han tenido precedentes y han abierto nuevas vías. Como recordaba Virginia Woolf, "si

♦♦♦

estudiáis alguna de las grandes figuras del pasado... veréis que es una heredera a la vez que una iniciadora y ha cobrado vida porque las mujeres se han acostumbrado a escribir como cosa natural".[5] Hay que insertar, por tanto, la escritura femenina en un devenir, en el que continuación y creación, individualidad y herencia, no se excluyen sino que se refuerzan mutuamente. Se trata, pues, de crear genealogías, que abran un espacio simbólico de lectura y de interpretación de la realidad.

Una genealogía de palabra femenina da centralidad al discurso de las mujeres. Se trata de escuchar sus voces, porque mantenerlas en el silencio al no transmitir sus textos sería como condenarlas a no haber nacido, en el sentido que Hannah Arendt otorgaba a la palabra como segundo nacimiento. Así, la pluralidad de las voces de las mujeres que ya han escrito y hablado se convierte en objeto de discurso y de memoria.

La escritura representa un modo de elaborar la experiencia. Al escribir se crea un corpus y un código de sentido, que puede ser memorizado y difundido, susceptible de entrar en la historia. "Escribir nos permite hacer que se escuche nuestro pensamiento, poniéndolo a disposición de aquellos o aquellas que hoy o mañana pueden escucharlo."[6]

La escritura tiene, además, una función mediadora. En principio, podría pensarse que es un proyecto individual y solitario. Sin embargo, la escritura de las mujeres remite a un espacio que no podemos considerar representativo exclusivamente de un recorrido vital individual. Su lenguaje da palabra a muchas mujeres anónimas que han ocupado espacios análogos y han vivido situaciones semejantes. Así, la subjetividad comprende una serie de elementos relacionales: el acto y la motivación de escribir se configuran como una actividad social.

Estudiar los textos de las mujeres permite situarse en atención respetuosa ante otras: las adultas experimentan un continuo genealógico en el que el propio quehacer adquiere significado. Las más jóvenes pueden encontrar en la autoridad femenina que las autoras representan una medida propia. En este sentido, Marirí Martinengo habla de una doble mediación al referirse a la relación que escritoras y profesoras podemos establecer: "Entre las escritoras y yo se ha estipulado un acuerdo tácito: ellas revisten de dignidad mi pensamiento, yo contribuyo a restituirles las voces".[7] Así, entre las escritoras, las profesoras y las alumnas se crea lo que Diana Sartori define como "un círculo hermenéutico sexuado", aquella relación de sentido que se instaura entre una mujer lectora e interrogante y la obra, la palabra y la misma vida de otra mujer.

Una genealogía

Una de las formas posibles de construir una cadena genealógica que vincule en el tiempo el pensamiento de las mujeres es partir de la escritura de las mujeres humanistas: Christine de Pizan, Cassandra Fedele, Laura Cereta, Isabel de Villena, Moderata



♦♦♦

Fonte y Lucrecia Marinelli. Dejándonos guiar por sus palabras, podemos acceder a la antigüedad clásica, como una memoria propia que ellas elaboran y a la que otorgan significado en su presente. Pero, además, nos permiten descubrir y hacer un seguimiento de los espacios de acción y de discurso que ellas abrieron y que otras mujeres desarrollarían en los siglos posteriores.

Esta genealogía de pensamiento que propongo parte, pues, de algunas de las autoras que vivieron y escribieron durante los siglos XV y XVI: con obras como *La ciudad de las damas* de Christine de Pizan se inicia una tradición de escritura de historia por parte de las mujeres, una escritura que tiene por objeto construir, tanto para las autoras como para las mujeres en general, la estructura histórica de una identidad social femenina. Al recuperar y reivindicar la potencia de las mujeres del pasado las vincularon entre sí en una tradición propia, una tradición que reconocen como suya, de la que se sienten parte y que contribuyen a prolongar, juntamente con otras mujeres de su presente. En este sentido, hay que destacar que a menudo en los textos de las mujeres humanistas no sólo se produce un reconocimiento de autoridad a mujeres anteriores a ellas en el tiempo, sino también a mujeres contemporáneas.

Así, el pensamiento de las humanistas nos retrotrae en el tiempo y nos conduce hasta mujeres con las que ellas establecieron relaciones genealógicas. Mujeres entre las que se encuentran Safo, Cornelia, Hortensia e Hipatia. Cuatro mujeres diversas entre sí y representativas de los distintos ámbitos desde los que las mujeres accedieron al "logos": la palabra poética, el género epistolar, la oratoria, el pensamiento y la ciencia, el magisterio. La memoria de éstas y otras mujeres del mundo antiguo perduró, manteniéndose así la memoria de una tradición de escritura femenina. Como había formulado Safo: "Alguien nos recordará en el futuro". Esta tradición se configura como una ginecoherencia para las mujeres humanistas, de la que obtendrían fuerza y fundamento para sus propias voces.

Por otra parte, la práctica historiográfica y genealógica de las humanistas coincide, y no por casualidad, con su participación pública en el debate de la Querella de las mujeres, de manera que puede afirmarse que, en el siglo XV, conciencia feminista y conciencia histórica se elaboran de forma interdependiente.[8] Pero las humanistas se sitúan en realidad más allá de la Querella: al hacer frente al corpus de obras antifemeninas, no se limitan a rebatir los argumentos, sino que introducen otras líneas de pensamiento aportando de esta manera contenidos insospechados. Así, la ciudad que diseña Christine de Pizan se configura como una verdadera alegoría de la autoridad femenina; en su "Vita Christi", Isabel de Villena da expresión y representación al amor femenino en la figura de María Magdalena —en su relación con Cristo, ella es quien ama de forma más apasionada y activa—. Por su parte, Moderata Fonte crea una espacio de libertad femenina donde toman la palabra un grupo de mujeres —el jardín de la casa de una de ellas—, vinculadas entre sí por una profunda amistad.

La educación fue una de las piezas clave en el pensamiento de las mujeres que participaron de forma directa en la Querella. Las humanistas, en especial Christine de Pizan y Laura Cereta, valoraban sus propios conocimientos y deseaban poder garantizarlos a las demás mujeres. Fueron, pues, las primeras en defender su saber y su pensamiento desde su propio cuerpo femenino, para lo que buscaron apoyo en la experiencia histórica de otras mujeres, construyendo una cadena de mediaciones en la que saber, autoría y genealogía forman un único cuerpo.

Con Christine de Pizan y las demás humanistas se inicia una corriente de pensamiento feminista que tendría continuidad a lo largo del tiempo hasta finales del siglo XVIII. Una corriente de la que forman parte autoras como María de Zayas, Marie le Jars de Gournay, Mary Astell, Juana Inés de la Cruz, Marie de Meurdrac, Madeleine Scudéry, Mary Wollstonecraft y Olimpe de Gouges. A través de la vida y de la obra de estas mujeres se puede realizar un recorrido que va desde la continuación de la Querella hasta la Ilustración, pasando por los Salones y el movimiento cultural que protagonizan las Preciosas. Un recorrido que abarca formas diversas de construcción de conocimiento —la creación literaria, el saber científico, el ensayo filosófico o la proclama política—, y temas también diversos, entre los que figura de forma destacada el derecho de las mujeres a la educación y al saber: Marie de Gournay establece este derecho en la igualdad de los sexos; María de Zayas defiende la capacidad de las mujeres y la fundamenta en una genealogía de saber femenino; Marie de Meurdrac favorece la transmisión del conocimiento científico entre las mujeres; Juana Inés de la Cruz opta por la vida monástica como vía socialmente establecida a través de la cual las mujeres podían dedicarse al estudio; Mary Astell diseña y define un espacio específicamente femenino para ello.

Con la declaración política de Olimpe de Gouges sobre los derechos de la mujer y de la ciudadana nos encontramos ya en el ámbito de la Revolución Francesa, momento en que se

♦♦♦

produce la conversión de la controversia teórica en debate político. Las mujeres participaron en el proceso revolucionario tanto con la acción como con el discurso: la práctica política femenina pone en evidencia el nexo existente entre público y privado, entre lo concreto de la realidad cotidiana y lo abstracto de las ideas. Al proyectar sobre el espacio público cuestiones consideradas como relativas a lo privado, las mujeres manifestaron su propia visión del mundo y resignificaron conceptos, como los de Igualdad y Libertad, llenándolos de nuevos contenidos.

Pero las mujeres fueron excluidas del nuevo orden político, por lo que se considera que no ganaron nada con la Revolución: porque su situación no cambió o porque, incluso, empeoró. Sin embargo, la conmoción revolucionaria permitió la manifestación de un cuestionamiento sin precedentes de las relaciones entre los sexos, inscrito en un cuestionamiento global de la sociedad. Las mujeres entraron en el siglo XIX con una experiencia política propia, un legado de acción femenina que nunca fue totalmente olvidado y que el movimiento feminista posterior utilizó como referente: la negación de los principios democráticos a las mujeres hará que se conviertan en principios feministas. El pensamiento y la acción que las mujeres llevaron a cabo toma cuerpo en la vida y en los textos de George Sand, Elisabeth Cady Stanton, Emmeline Pankhurst, Emilia Pardo Bazán y Clara Campoamor.

Trabajar sobre el concepto de genealogía tiene una importancia fundamental porque, cuando se trata de pensamiento y de palabra femenina, debemos afrontar una pobreza aparente, una ausencia de tradición que reafirme la independencia y la autonomía de las mujeres. La obra de las pensadoras, de las escritoras, nos



transmite una perspectiva femenina del mundo construida a través del tiempo. Esa es nuestra riqueza, la legítima herencia a que aludía la humanista Laura Cereta, una herencia que debe continuar siendo transmitida.

El papel del profesorado siempre ha sido mediador. Ahora se trata de hacernos mediadoras de cultura femenina. Sólo estableciendo una continuidad entre pasado y presente se crea memoria para el futuro. Las escritoras son uno de estos puentes de comunicación. La actividad docente puede estar rodeada de figuras magistrales.[9] ♦

Notas

[1] Citado en Fina Birulés Comp., *El género de la memoria*, Pamplona, Pamiela, 1995, pp. 109-110.

[2] Paolo Rossi, *Il passato, la memoria, l'oblio*, Bolonia, Il Mulino, 1991, p. 27.

[3] Adrienne Rich, *Sobre mentiras, secretos y silencios*, Barcelona, Icaria, 1983, p. 19.

[4] Fina Birulés, Introducción a *El género de la memoria*, *op. cit.*, pp. 9-11.

[5] Virginia Woolf, *Una habitación propia*, Barcelona, Seix Barral, 1980, p. 150.

[6] Luce Irigaray, *Yo, tú, nosotras*, Madrid, Cátedra, 1992, p. 50.

[7] Marirí Martinengo, "La doppia mediazione". L'insegnante, il testo, l'allieva, *La prima ghinea*, 2 (1992), p. 14.

[8] María-Milagros Rivera Garretas, "La historia de las mujeres y la conciencia feminista en Europa". Lola G. Luna ed., *Mujeres y sociedad. Nuevos enfoques teóricos y metodológicos*, Universidad de Barcelona, 1991.

[9] Marirí Martinengo, *op. cit.*, p. 23.